

**CUADERNOS DE DIFUSION**

**LAS CIENCIAS SOCIALES  
EN EL PROCESO DE  
DEMOCRATIZACION**

Ricardo Lagos  
Norbert Lechner  
Gert Rosenthal

Diseño portada: Ximena Subercaseaux  
Diagramación: Patricio Velasco G.  
Producción: José Hernández Correa

© FLACSO

Inscripción: 78.936

1ra. Edición de 1.000 ejemplares, Abril 1991  
Impresor: S.R.V. Impresos S.A. (556 57 96)  
Impreso en Chile / Printed in Chile

**FLACSO**  
FACULTAD LATINOAMERICANA DE CIENCIAS SOCIALES

Quisiera decir, a modo de explicación, que acepté participar en esta mesa redonda llevado por el deseo de tomar contacto con muchos de aquellos con quienes trabajé durante los años que permanecí en FLACSO, y a medida que se acercó el momento de llegar hasta acá empecé a arrepentirme de la facilidad con que acepté la invitación, ante el desafío que significaba abordar esto sin una debida preparación. He tratado entonces de plantear algunas reflexiones sobre lo que a mi juicio ha sido la evolución en el ámbito de las ciencias sociales; el cómo éstas, en una u otra forma, se fueron imbricando con lo que era la realidad política de la región y en donde creo que ha habido una relación recíproca.

En muy pocos continentes la relación entre la evolución de las Ciencias Sociales y la evolución de los regímenes o sistemas políticos se da de una manera particularmente estrecha, como en América Latina.

Quisiera partir haciendo la afirmación que las Ciencias Sociales, en la forma que buena parte de los que estamos en esta

sala llegamos a comprenderlas, en sus orígenes surge fundamentalmente con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial y es una ciencia cuyo desarrollo estuvo profundamente imbricado por lo que fueron los puntos de vista económicos. A partir de allí se comienza a hacer un conjunto de deducciones que apuntan a la construcción de un paradigma predeterminado y unívoco. La de los sesenta es la época en donde, desde el punto de vista económico, se pensaba que los países podían tener un progreso prácticamente asegurado y autosostenido a partir de determinadas variables macroeconómicas que las sociedades eran capaces de alcanzar.

Suena curioso recordar hoy día "las etapas de crecimiento económico" de Rostow, quien nos señaló, con mucha precisión y claridad, que desde el momento que tuviéramos cierto nivel de inversión respecto al producto, automáticamente se producía el despegue económico y comenzábamos a transitar por las etapas que él definió en su famoso texto de la década de los sesenta. Es también en esta época cuando Rostow nos demuestra cómo a medida que se produce el progreso o el desarrollo económico —si bien en un comienzo vamos a tener un período de mayor inequidad, una distribución más inequitativa en el ingreso— a poco andar las propias fuerzas sociales que genera ese proceso de desarrollo económico nos van a llevar hacia condiciones más equitativas en el ingreso. Y luego, dentro de este panorama global vino Lipset y nos demostró cómo había una correlación casi perfecta entre los grados de mayor estabilidad y democracia en lo político a medida que aumentaban los niveles de ingreso por habitante.

En otras palabras, cuando se tiende a plantear la existencia en la década de los sesenta de un gran paradigma, en el fondo fue la búsqueda del análisis de la ciencia social que tendía a demostrar, a partir fundamentalmente de un análisis económico, cómo las variables del ámbito sociológico o político se adecuaban

de modo que, a partir de "políticas correctas", íbamos a tener mayores grados de equidad y crecimiento económico, todo lo cual iba a terminar en la consolidación de un sistema democrático. No necesito decir que esta visión, con la cual se inician las ciencias sociales, es el grado de certeza que el cientista social tiene en cuanto a la predicción que hace, lo que en buena medida le abre las puertas del mundo académico. Creo que hay pocos casos en la historia de las disciplinas científicas en que en un período tan breve de tiempo, el cientista social llega a ser reconocido: surgen las dificultades, surgen las cátedras, y pasa a ser, en los cincuenta y en los sesenta, parte muy sustancial del sistema universitario en nuestros países. Si miramos cualquiera de los cuadros que tenemos a nuestro alrededor, los antiguos rectores de la Universidad de Chile, constataremos que pertenecían a disciplinas científicas, "con una muy larga y centenaria tradición" la mayor parte de ellos, pero entre ellos no hay "científicos sociales". Sin embargo, creo que un elemento notable es cómo las ciencias sociales adquieren grado de legitimación tremendamente grande en la consolidación de un sistema universitario en América Latina. En el marco de esta institucionalización, el cientista social adquiere importancia y relevancia en tanto la certeza de su conocimiento le permite también ser asesor del político, del príncipe, lo que conlleva para él una inserción en el ámbito social que hoy en día es muy exitosa. Creo que cuando la certeza del cincuenta y del sesenta se enfrenta al drama y a la realidad de los setenta es cuando comienza una etapa notablemente distinta de las ciencias sociales en América Latina.

Con la misma fuerza que la ciencia social logró insertarse en el establishment universitario y en la institucionalidad académica de la región, la ciencia social fue percibida como un elemento no bienvenido en el mundo autoritario que emerge en la década del setenta. Es a lo que se ha referido también Norbert Lechner en su presentación; la etapa de los centros que él denomina aca-

démicos independientes; es la etapa en que la ciencia social, normalmente, pasa a estar en situaciones de marginalidad desde el punto de vista del mundo académico oficial.

Sin embargo, creo que cuando se haga la historia de la ciencia social en América Latina, esto va a ser un elemento de extraordinaria importancia: en qué medida fue esta situación de drástica marginalidad, a la cual es arrojada buena parte de los científicos sociales de la región, la que los lleva a plantearse, primero, un cuestionamiento del paradigma heredado y ver cómo la realidad latinoamericana lo destrozó en mil pedazos; segundo, a plantearse la necesidad de la búsqueda de una explicación de por qué se llegó a esa instancia, cuáles fueron los hechos que la generaron. Viene entonces la corriente a la cual hacía referencia el Secretario Ejecutivo de CEPAL, cuando recordaba el término del estado burocrático-autoritario en la terminología de O'Donnell. Hay un intento de explicar por qué se produjo la quiebra del sistema democrático en la región y dónde falló la explicación de las distintas certezas del mundo social, porque no era cierto que a medida que aumentábamos el ingreso per cápita consolidábamos el sistema democrático; no era cierto que bastaba tener determinados parámetros en los niveles de inversión para tener crecimientos sostenidos y tampoco era científicamente demostrado ni producto de certeza el que había mayor equidad a medida que teníamos mayores niveles de desarrollo.

Creo que lo que genera a finales de la década del setenta la búsqueda del por qué se produce el colapso de un sistema democrático es, entre otras cosas, el hecho que el cientista social pasa a la marginalidad, está fuera del sistema. Yo creo que esto tiene una implicancia extraordinariamente grande, en tanto el cientista social entra entonces a vincularse de una manera mucho más directa con el proceso de recuperación de un sistema democrático, al que percibe como un proceso que le da la posibilidad

de pensar, de crear, de expandirse. Creo que hay pocos casos en los cuales un científico se ve más empujado a salir del ámbito estrictamente científico y entrar, no digamos en acción, pero sí al análisis de temas que tienen que ver directamente con la acción. Primero por qué se perdió ese sistema democrático, o por qué se perdió la inserción en el sistema académico formal —llamémoslo así— que es producto, a su vez, de la pérdida del sistema político democrático; y segundo, cómo desde el saber del cientista social busca hacer un aporte para salir de aquello. Creo que esto significa un cambio en el enfoque del punto de vista de las ciencias sociales. Los grandes temas desaparecen prácticamente del análisis de las ciencias sociales en América Latina. Y surge, lo recordaba acá Norbert, un gran aporte: cómo usamos las encuestas para ver hacia dónde empujamos distintas variables muy concretas del acontecer político. Ello genera, desde el punto de vista del desarrollo de la ciencia social, una vinculación muy estrecha con la práctica cotidiana, y en ese sentido me parece que las contribuciones que hace la ciencia social al retorno del sistema democrático son contribuciones bastante obvias. Prácticamente todo el mundo académico no formal, como se denomina, tuvo una línea de investigación en donde con rigor científico busca que ese esfuerzo intelectual esté destinado a contribuir, de una manera más o menos directa, al restablecimiento de un sistema democrático. Y hoy, cuando se piensa en las ciencias sociales y la transición a la democracia, en el fondo se le está pidiendo a la ciencia social que siga haciendo su aporte para hacer posible el fenómeno de la transición; qué tiene que hacer el cientista social, desde su centro académico para ayudar a consolidar la democracia, porque fue importante para poder llegar a ella.

Aquí yo tengo un cierto punto de divergencia. Creo que, siendo muy importante lo que hizo la ciencia social, yo plantearía si no habrá llegado el momento en que ella se vuelque, nuevamente, hacia lo que son los grandes temas, en la medida en que

avanzamos en la consolidación de nuestro sistema democrático. No estoy diciendo que no tenga que haber una participación sobre lo que son hoy los temas centrales, pero creo que es muy difícil que exista un desarrollo científico profundo si no hay una vuelta a los grandes temas. Con una diferencia sí; creo que ahora, en ese sentido, la presentación que ha hecho Gert es muy ilustrativa, nadie cree entre los científicos sociales de la región que es posible reconstruir el paradigma perdido. Aquél paradigma que estaba en condiciones de predeterminar el resto de las situaciones. En ese sentido creo que hemos aprendido que no hay situaciones que predeterminen otras situaciones que a su vez predeterminen otras situaciones. Me parece también que la búsqueda de los grandes temas se va a hacer con un grado mucho mayor de humildad respecto de lo que eran las afirmaciones del pasado. El plantear paradigmas con mucha fuerza acaba convirtiéndolos en dogmas de fe, expresiones de un voluntarismo ideologizado, que probablemente la realidad estará pronta a desmentir. Creo que en esto también las Ciencias Sociales, en esta etapa, entran en una situación distinta.

Donde va a haber un compromiso de cientista social, por un largo tiempo, es en el análisis de elementos que permitan mantener la preservación de esta democracia duramente reconquistada. Y aquí sí creo que va a haber un conjunto de temas que el cientista social va a tomar en su búsqueda por contribuir a la consolidación de un sistema democrático.

El trabajo de CEPAL a que se ha hecho referencia por Lechner y por Rosenthal, obviamente que apunta a esa dirección. "Transformación productiva con equidad" en el fondo apunta a retomar y entender lo fundamental para consolidar un sistema democrático. Lo que está en el trasfondo es un supuesto político: la transformación y la equidad son esenciales. Lo uno sin lo otro, o para volver al tema de veinte años atrás de Hirschman: el cre-

cimiento sin equidad, o la búsqueda de equidad que termina con el crecimiento, ambos son elementos tremendamente imposibles en la consolidación democrática. Entonces creo que, en este proceso de consolidación de un sistema democrático, probablemente lo que vamos a tener es un conjunto de temas que van a emerger con mucha fuerza.

Quisiera señalar, por ejemplo, que el tema de la participación, no me cabe la menor duda que va a ser un tema de análisis del cientista social. Quisiera plantear que el tema de la participación implica a lo menos dos desafíos respecto a los cuales muy poco se ha dicho o se escribe.

Participar adecuadamente implica un alto grado de conocimiento de la realidad sobre la cual se quiere opinar; en lo posible un alto grado de conocimiento implica acercarnos en torno a un diagnóstico común, o por lo menos muy cercano; y esto nos plantea, entonces, el tema de la comunicación y la participación.

Si queremos garantizar grados crecientes de participación tiene que haber un grado de comunicación tremendamente fluido. Y cuando esta participación se debe dar en un período de crisis o en un período en el que ha habido un alto grado de costo social, producto de un ajuste económico muy intenso, cómo evitamos que la participación sea estrictamente reivindicación.

En consecuencia, más que participantes, hay actores sociales que reivindican lo que perdieron en la crisis. Desde ese punto de vista, entonces la visión un tanto teórica de la participación se nos troca infinitamente más difícil por dos elementos: porque no hemos sido capaces de crear un sistema de comunicación por el cual todos los que participan comparten un conjunto de conocimientos básicos, para que la participación sea

realista y no sea meramente reivindicativa, especialmente cuando hay una situación de crisis. Este creo que es un tema delicado y difícil. Es fácil recetar que en un sistema político abierto y democrático tiene que haber participación, pero si no está unido a estos otros dos elementos me temo que nos quedamos en la retórica. Creo que acá hay un ámbito, desde el punto de vista de la ciencia social, en el que debe haber un grado mucho mayor de reflexión.

Segundo elemento que exige un mayor grado de reflexión. Precisamente como resultado de la experiencia autoritaria, hubo un conjunto de entes intermedios de la sociedad civil que emergieron con un grado de autonomía y de fuerza mucho mayor que la que tenían en el sistema democrático anterior. Aquí el tema fundamental es cómo estos entes, que tienen un grado de autonomía importante, —sindicatos, organizaciones sociales, poblacionales, organizaciones de iglesia, de derechos humanos, etc., que fueron la expresión o el resultado de la búsqueda de apertura hacia un sistema democrático—, se insertan hoy en un sistema de consolidación democrática. En la democracia "política clásica tradicional" difícilmente tienen inserción, como no sea simplemente como grupos corporativos. Y es obvio que son más que aquello. Entenderlos sólo como grupos corporativos que reivindicaban los intereses del sector que representan, es un profundo error. Acá creo que hay un campo de la ciencia social tremendamente importante.

El tercer elemento, que me parece crucial, es el de los equilibrios macroeconómicos esenciales para el funcionamiento de un sistema democrático versus —si se me acepta el versus— lo que son las demandas sociales acumuladas. La respuesta de transformación productiva con equidad, si usamos la terminología de CEPAL, me temo que nos genera un problema con el cual veinte o treinta años atrás ya tuvimos alguna familiaridad. Este problema

es el cómo compatibilizamos explicaciones adecuadas del largo plazo con lo que son las demandas inmediatas del corto plazo. Podemos construir un modelo adecuado para demostrar que la transformación productiva con equidad es un círculo virtuoso, pero el problema de los equilibrios macroeconómicos con las demandas sociales —si bien no alcanzan a llegar a ese círculo virtuoso porque las carencias son de hoy, las respuestas son de hoy— es algo así como cuando tratábamos de explicarnos, en la década del sesenta, el fenómeno de la inflación. Dábamos, entonces, respuesta del ámbito estructural, en circunstancias que el Ministro de Hacienda tenía que dar la respuesta hoy, y no estaba en condiciones de esperar la reforma estructural, que era la explicación última de la inflación. Entonces, acá está el problema de cómo vinculamos la explicación del cientista social, que normalmente apunta al largo plazo, con lo que son las carencias o necesidades del corto plazo. Creo que hubo un error en el pasado de la ciencia social y esa experiencia debería ser incorporada a nuestra realidad actual.

Hay otros temas, que son de más largo aliento. La necesidad de redefinir el rol del estado; redefinir lo que es el mercado, qué implica esta afirmación que tanto se escucha en estos días, según la cual sólo la libertad económica es compatible con la libertad política, libertad económica que se define de una determinada manera, porque cualquier otra definición atenta contra ella y en definitiva, contra la libertad política.

Aquí uno no puede menos que preguntarse por qué no volvemos a los grandes temas de la relación, como decía Gert, entre economía y política; por qué no recordamos a Harold Laski, el pensador inglés de los treinta, que llegó a sostener, también con igual fuerza, que en democracia un sistema capitalista —en tanto implica para su funcionamiento la mantención de determinados niveles de acumulación o de utilidades— a la larga hace que se

empiecen a cercenar las utilidades en pos de la igualdad. En ese momento el capitalista está dispuesto a decir el "al trasto la democracia, viva el capitalismo". Es decir, afirmaciones de que sólo libertad económica es compatible con libertad política, deben ser matizadas desde el punto de vista de la ciencia social. No es posible, creo yo, mantener afirmaciones de esa envergadura a partir de lo que han sido las experiencias que hemos conocido en estos años.

Hay otros temas que creo van a surgir con fuerza. No sé si sea a consecuencia de las actividades que desempeño ahora pero creo, por ejemplo, que el tema de la educación va a estar en el núcleo central de la preocupación, no de los educadores sino de los científicos sociales. ¿Por qué?. Porque durante mucho tiempo se consideró la educación como un elemento que consolida el sistema democrático, en tanto es por excelencia un mecanismo de movilidad social. Por lo tanto, bastaba sólo con dar mayores oportunidades educacionales para poder, por ese solo hecho, estar consolidando un sistema democrático.

Creo que ahora hemos aprendido que eso no es así; que eso fue así en una determinada época del desarrollo. Hoy no es así. Hoy no es cierto que el pasar por esta suerte de servicio obligatorio educacional -todo niño debe estar ocho años en la escuela y en lo posible doce- asegure movilidad social y el padre sabe que no porque su hijo está doce años en la escuela automáticamente tiene un grado de movilidad social igual o superior a la que tuvo él.

Nosotros en esta sala -o la gran mayoría- fuimos educados en la época en que a uno le decían: saque usted un cartón y va a llegar a ser algo. Hoy día nadie se atrevería a decirle a un hijo que saque un cartón y llegará a ser algo, porque probablemente va a ser un cesante distinguido, con un cartón en la casa.

Hará unos dos o tres meses un apoderado de una región alejada del Centro Metropolitano, me planteó: ¿cuál es la lógica que yo tenga que mandar a mi hijo al liceo?, ¿por qué no lo pongo a trabajar cuando deja la escuela básica si ya tiene ocho años de estudio?. Empezaría a ganar \$ 30.000 al mes. En cambio usted me lo manda al liceo e igual después de cuatro años va a entrar a trabajar por \$ 30.000 al mes. Mientras, perdió cuatro años de su vida sin trabajar.

Creo que es inquietante, el que ese padre perciba que cuatro años adicionales de escolaridad para su hijo no significan nada, desde el punto de vista de un cambio en su esquema de vida. Eso no habría ocurrido a ninguna persona en Chile treinta o cuarenta años atrás. Dar más educación en circunstancias que el sistema de educación se ha masificado tanto que ya no es sinónimo de movilidad social, nos lleva al tema fundamental de cómo usted evalúa los sistemas educacionales. Ello, para discriminar en materia de recursos, dando más a los que tienen menos en materia educacional. Así, el que tiene menos podría tener también una oportunidad similar, porque en tanto haya un sistema educacional en que la calidad educacional va vinculada a la capacidad de pago, obviamente que ese sistema tiende a perpetuar una cierta distribución y no a ser un mecanismo de movilidad social o de cambio. Y eso es lo que tenemos en buena parte de nuestro sistema de hoy día.

Este es un tema mucho más de la ciencia social que del educador. El educador puede indicar mecanismos para evaluar, pero el tema de fondo es: si el sistema educacional no permite generar oportunidades similares para los niños de una sociedad, el grado de adscripción o de identificación con el sistema democrático de esa sociedad disminuye.

Creo que un elemento muy importante en la consolidación

del sistema democrático chileno en los veinte, los treinta, los cuarenta, fue un sistema educacional que la sociedad percibía como un motor de cambio de una situación, de inserción distinta en la sociedad respecto de sus hijos o de sus nietos. Creo que esto se ha perdido en el Chile de hoy, y no solamente en Chile, sino en general en el resto de América Latina. Este va a ser un tema muy importante desde el punto de vista de la ciencia social.

Quisiera hacer una última reflexión, porque hasta aquí hemos hablado de lo que la ciencia social hace respecto a la democracia. Es a lo que apuntaba Lechner al final de su intervención, el ámbito institucional. En esto tendería a disentir un poco con él. Difícilmente en el largo plazo la ciencia social puede subsistir si no vuelve a reinsertarse en el mundo académico formal. Creo que lo que surgió en el período de transición es muy importante, qué duda cabe. Allí es donde hoy están los principales científicos sociales. Pero creo que, como una política de largo plazo, la ciencia social debe reinsertarse en las instituciones académicas normales de la sociedad. Después de todo, la universidad es la institución que ya tiene diez siglos de existencia y es la institución que la sociedad ha creado para pensar. Sabemos también que ella está dispuesta a dar apoyo para que se piense. Tal vez esta reinsertación va a ser distinta, y se dará al interior de las universidades un grado de competitividad por los recursos públicos. Tal vez no sea posible obtener una cátedra y, como en el pasado, ser titulares de por vida. Sí creo, entonces, que al existir una inserción institucional va a haber también un grado de competencia por los recursos públicos y privados para el ámbito ciencias sociales versus otras disciplinas. Habrá también que ver —luego de este grado de desarrollo que ha tenido la ciencia social en Chile— si no ha llegado el momento de pensar un cierto grado de institucionalidad de la ciencia social. Podríamos plantearnos la existencia de un Consejo de las Ciencias Sociales tal como hay una Comisión Nacional de Investigación Científica, CONICYT, en la que

prácticamente la ciencia social tiene una inserción casi inexistente. Así como allí están los biólogos que, en definitiva, definen qué hacen con ese organismo, acá podrían estar los científicos sociales. Estamos hablando de un aporte hoy del orden de 12-15 millones de dólares en proyectos de investigación para el ámbito científico tecnológico. Una cifra menor pudiera ser muy respetable para el área de las ciencias sociales.

Creo que es necesario abordar el tema de cómo institucionalizamos el ámbito de la ciencia social a futuro. Entiendo que es muy posible que se reinserten al mundo académico, pero que eso no significa volver a la situación anterior, en que la universidad estaba en condiciones de proveer recursos. A futuro, los recursos van a venir por un grado de competencias, a través de la institucionalidad que seamos capaces de crear. Si lo hacemos, será una manera en que el sistema democrático pueda devolver algo de lo que los científicos sociales en su momento hicieron.